

festivos, matar, cometer actos impuros, etc.. Se llama "mortal", porque causa la muerte al alma, al quitarle la gracia santificante, que es su vida sobrenatural.

Un joven quiso obligar a un compañero suyo a hacer una mala acción una sola vez. ¿Una mala acción una sola vez? ¿Te dejarías tu cortar la cabeza sólo una vez? -le respondió el compañero.

No seamos incautos cuando el demonio nos tiente a hacer un pecado solo; no nos dejemos engañar, no lo hagamos; seríamos tan necios como si nos dejásemos cortar la cabeza una sola vez.

19

Un señor mandó su criado que le limpiara el despacho. Así lo hizo el hombre, pero se dejó una tela de araña en un rincón. La vio el señor y le reprendió por ello.

Al día siguiente estaba otra vez la tela de araña, y se llevó el muchacho otra reprensión.

Volvió el criado a quitarla y volvió a aparecer la tela. Al reprenderle de nuevo el señor, el criado dijo: ¡Pero si la he limpiado ya tres veces! Y el señor le contestó: ¡Lo que tienes que hacer no es quitar la tela, sino matar la araña!

Así pasa con tantos pecadores que no se enmiendan de sus culpas. Quitan una y otra vez en sus confesiones la tela, pero no matan la araña. Y, claro, la tela vuelve a aparecer. Se arrepienten de sus culpas, limpian la tela con la absolución, pero ¿qué importa? la tela vuelve a aparecer. ¿Por qué? Porque no quitan la ocasión. La ocasión como la araña, vuelve e tejer su tela de pecados. No le déis vueltas. ¿Queréis conservarlos sin culpa? Quitar la ocasión, matad la araña.

20

San Juan Crisóstomo, patriarca de Constantinopla (m.407), defendía con todo valor la religión contra los herejes y combatía valientemente los vicios. Por ello se conquistó

el odio del emperador Arcadio, el cual dijo a sus cortesanos: Quisiera vengarme de este obispo. ¿Qué tengo que hacer?

- Desterrarle, respondió uno. Confiscarle los bienes, dijo otro.

-Llevarle a la cárcel, propuso un tercero... Matarle, así todo queda terminado, aseguró el cuarto.

Pero el quinto, que veía más claro que los demás, exclamó: Os equivocáis todos: estos medios no sirven para nada. Para él todo el mundo es su patria, si penséis en el destierro. ¿La cárcel? Besará las cadenas. ¿La confiscación de su bienes? Es quitárselos a los pobres. ¿La muerte? Se le abrirá el cielo. Señores, si queréis de verdad vengaros de este hombre, obligadle a que cometa un pecado. Esto es lo único que teme.

El santo obispo fue desterrado a Armenia y murió después de cuatro años de persecuciones y padecimientos. Tenía por lema estas palabras: "Una sola cosa hay que temer el pecado".

San Policarpo, obispo de Esmirna (m.167), anciano de ochenta años, era arrastrado al suplicio cargado de cadenas, a una pila de leña donde tenía que ser quemado vivo. Los verdugos le hicieron esta propuesta: - Si cometes un solo pecado, te dejaremos libre. A los que contestó el Santo: ¿Cómo? ¿Un pecado? ¿He de ofender yo a mi Dios y pisotear su ley? A Él le obedecen los ángeles, los astros, las plantas, los vienes, los mares y abismos... Y he de desobedecerle yo? Él es el mi Creador, Señor y Padre. Son muchos los años que le sirvo, y ahora ¿he de revelarme contra Él?. ¡Ah, no! ¡Moriré mil veces antes que cometer un solo pecado!

Fue llevado al suplicio y, mientras las crepitantes llamas le envolvían, murió alabando y bendiciendo a Dios.

Este santo mártir comprendía bien lo que es una ofensa a Dios.

Habiendo perdido San Luis, rey de Francia, a su padre cuando apenas tenía doce años, fue educado bajo la tutela de su madre doña Blanca de Castilla, que gobernaba el reino de Francia como regente.

Esta princesa inspiró a su hijo el amor de la virtud y a la piedad; y así le repetía a menudo estas palabras: "Bien sabes, hijito mío, cuanto te quiero; no obstante, más quisiera verte muerto, que caído en un solo pecado mortal".

No vivamos en pecado mortal

Vivir en pecado mortal es vivir sin vida! El pecador vive si la vida natural, pero vive sin gracia santificante, que es la vida del alma. Los que tienen el alma manchada con pecados mortales, *"tienen el nombre de vivientes, pero en realidad están muertos"* (Apoc.3,1), y cuántos cadá-

veres ambulantes andan por las calles de nuestros pueblos y ciudades! Veamos algunos ejemplos de los que mueren en pecado mortal. Hallábase cercano a la muerte un hombre que de joven había llevado mala vida, sin convertirse nunca. Fue a verle un buen sacerdote para hacer que recibiera los sacramentos, y le suplicaba con lágrimas que se confesara y arrepintiera. Pero aquel desgraciado no le hacía caso y, al fin, contestó al sacerdote: "No se canse, porque el pan es duro y el cuchillo no corta".

Con esas palabras daba a entender que su corazón estaba endurecido en el pecado y no se convertiría. Murió en este estado y tuvo cumplimiento la amenaza del Señor: "*El corazón duro parará al fin en la desgracia*" (Eclo.3,27).

24

¡Qué terrible es vivir en pecado y así llegar a la hora de la muerte en una noche de carnaval!. Veamos lo sucedido en una noche de carnaval en Madrid. Un joven pregunta por el P. Rubio.

Es urgente, para confesar a un moribundo. ¿En dónde vive? El desconocido tarda en decir la dirección. Al fin, la dice Don Carlos Villameriel, que está presente, frunce el ceño, se vuelve al Padre Rubio y le dice: "Padre, esa casa... ¡Es una casa mala!". La contestación: "A cualquier parte iré yo con tal de salvar un alma. ¡Acompáñeme!

En el cuartucho de la casa pública está preparada ya la celada. ¡Que campanada sonará mañana en Madrid, cuando se divulgue la fotografía del "santo padre Rubio" sorprendido en plena juerga en una casa de prostitución! Tres muchachos tramaron la broma. En un rincón disimulada está la cámara fotográfica y la lámpara de magnesio para el fogonazo en el momento oportuno.

Los muchachos echan suertes: uno de ellos ha de acostarse y fingirse enfermo. Cuatro meretrices están escondidas en un rincón, para surgir en el momento oportuno. Se corre la cortina de la alcoba. El enfermo fingido ya se ha tumbado. Entra el P. Rubio. "¿Dónde está el

enfermo?". "Aquí, Padre, está muy malo, ¿sabe usted? Y el pobre quiere confesar... El P. Rubio se acerca a la cortina, se encara con los que le han llamado, y exclama: "¿Por qué me han llamado tan tarde? El muchacho ha muerto ya". "No, Padre,...". Uno de los muchachos descorre la cortina y toca al falso enfermo: "Oye tú, verdad que te quieres Confe...". Un escalofrío le ha corrido de pies a cabeza. Sí, está muerto. Con los ojos dilatados por el terror clavados en el cielo.

25

Para no vivir en pecado y estar expuesto a morir en él ¡cuánto vale el hacer unos ejercicios espirituales y decidirse a cambiar de vida! Un joven, que hizo ejercicios, salió de ellos decidido a mudar de vida y, para ello, evitar las malas ocasiones. Vuelto a la ciudad, se encontró con una ocasión peligrosa que le invitó a ir consigo, y le decía:

- Pero, chico, ¿ya no me haces caso? ¿No me

conoces? Yo soy aquella..., Sí, respondió el otro, pero yo no soy aquel.

26

El ejemplo siguiente nos pone de manifiesto como el pecado envilece, degrada y transforma el semblante de muchos pecadores.

Leonardo de Vinci buscó durante mucho tiempo un modelo para pintar en su célebre "cena" a San Juan Evangelista, y logró ver en un templo de Roma a un joven cantor llamado Pedro Bardinelli, cuyo noble y piadoso continente le llamó la atención y lo aprovechó para el modelo que buscaba.

Siguió el artista trabajando durante años en su magna obra. Faltaba todavía la figura de Judas Iscariote. Otra vez le costó encontrar modelo. Por fin descubrió a un mendigo de aspecto torvo, harapiento, el cual reflejaba en su demacrado rostro una maldad tan diabólica, que pensó le serviría de modelo para la cara de Judas. Le prometió una buena cantidad de

dinero para que se prestase y cuando, para observar más el contraste, le puso al lado de San Juan, dijo sollozando el mendigo: "También serví yo de modelo para éste, pero entonces yo era un joven bueno; ahora en cambio, soy un perdido, entregado a la bebida y al vicio".

27

¿Cómo salir del pecado?

Los que viven en pecado mortal, para salir de él y vivir en paz, lo mejor es una buena confesión. El incrédulo Messiat fue a Arles. Vio precisamente a *Juan M^a Vianney*, que salía a decir Misa. Al terminar el santo sacrificio se entrevistaron ambos en la sacristía. "Señor Cura, dijo Messiat, siento sobre mi un peso que me abruma". "Sacuda cuanto antes este peso, contestó el Santo Cura de Ars, Descúbrame su triste vida, y Dios nuestro Señor le aliviará porque El ha dicho: *"Venid a Mi todos los que andéis*

agobiados con trabajos y cargas, que Yo os aliviaré". El incrédulo, convertido, se quitó de encima, en la santa confesión, el peso que le abrumaba.

28

Pasaba una tarde San Juan Bosco (m.1888) junto a un bosque y le salió al encuentro un hombre armado que le dijo: ¡La bolsa o la vida!

Don Bosco respondió tranquilamente: Bolsa no tengo; y la vida esta en las manos de Dios.

Replicó el tunante: Menos charla; o me das tu el dinero o te mato al momento. El santo hombre se fijo en aquel desgraciado y le reconoció. Era uno de los que había instruido en las cárceles de Turín.

- Tonio, le dijo, ¿quieres matar a don Bosco? ¿y las promesas que me hiciste? - El bribonzuelo, reconociendo al maestro, arrojó el arma y contestó llorando: Padre, perdóneme, soy un gran malhechor... Llevo el infierno en el corazón. ¡No tengo paz! y don Bosco le dijo:

- Es, pues, preciso recuperar la paz: confiéstate, y cuanto antes; yo también sé que estás muy mal en desgracia de Dios.

Y allí mismo, sentado en una piedra, el santo escuchó la confesión de aquel malvado, que estaba verdaderamente arrepentido y que al momento recuperó la paz perdida.

29

Evitemos todo pecado venial deliberado

El pecado venial no rompe la amistad con Dios, no suprime por si mismo la gracia santiificante; pero es una ofensa que se infiere a Dios, en un mal en el orden de la moralidad y siempre desagrada a Dios.

Hay raros ejemplos de almas que no han cometido en su vida pecados veniales deliberados. He aquí el siguiente: En 1621, el día 13 de agosto, murió en el Colegio Romano el admirable joven Juan Berchmanns, San Juan Berchmanns, uno de los tres patronos de la juventud.

Cuando llevaron la noticia al cardenal Belarmino, éste preguntó algunos detalles de la vida del joven. El padre Fritz Hartz le contó con santo entusiasmo: En el lecho de muerte declaró, eminencia, que no recordaba haber cometido ningún pecado venial deliberado.

El anciano cardenal abrió los ojos con ingenuo espanto: «y quién cometería jamás un pecado venial deliberado? Por lo que a mi me toca, no recuerdo haberlo hecho nunca.

30

Un día el santo Cura de Ars, San Juan Bautista Vianney, por descuido encendió su vela con un billete de banco. Al darse cuenta de ello, la criada comenzó a gritar. "¡Qué poca fe tienes!", le dijo el santo; no habrías dicho nada si me hubieras visto cometer un pecado venial; mientras que, porque pierdo un poco de dinero, pones el grito en el cielo.

31

Augusto Ferron de la Sigonnière, alumno

del Seminario Menor de Sainte Anne de Auray, Francia, pocos días antes de su muerte, el sábado santo de 1838, estando con unos compañeros, iba a comer un huevo.

Uno de los jóvenes observó que los huevos estaban prohibidos entonces en Semana Santa. Otro preguntó si comer huevos era pecado venial. "Aún cuando no fuera más que un pecado venial, respondió Augusto quisiera morir antes que cometerlo".

32

Un caballero, al ir a emprender un viaje, notó que faltaba un clavo en una de las herraduras de su caballo. No le dio importancia. "¡Bah!, se dijo, igual da un clavo más que menos".

No había caminado mucho, cuando se desprendió otro clavo, y otro, hasta que se le cayó el caballo la herradura. Era el camino muy desigual y pedregoso, por lo que el caballo se hacía mucho daño y no podía apenas andar.

En esto salieron unos ladrones. Hubiese querido aquel hombre huir a todo galope, pero le fue imposible; el caballo no hacia más que cojear. Los ladrones le dejaron sin nada.

Lo que pasó con el clavo pasa con el pecado venial. Parece que no tienen importancia, que un mal muy pequeño, pero poco a poco suele irse engrandando, basta convertirse en pecado mortal.

33

El rey Antígoно, del Asia Menor (m. 301 a.C.), mientras se hallaba en el campo de combate y descansaba en su pabellón, oyó a algunos cortesanos que desde fuera hablaban mal de él. Entonces sacó la cabeza de la tienda y dijo: "Por favor, id a murmurar un poco mas lejos, donde el rey no os oiga". Aquellos cortesanos quedaron helados.

Pues bien, Dios, que es el rey y dueño de nuestra vida lo ve y oye todo cuanto hace y dice el pecador... y mucho nos ayudará el ir bajo la

mirada de Dios para evitar toda clase de pecados.

34

Valor de la gracia santificante para obtener una muerte dichosa

El tema de la "gracia" es uno de los más importantes, porque Jesucristo vino a la tierra *para que las almas tuvieran vida* (Jn.10,10), la vida sobrenatural o vida de la gracia.

Esta vida se opone al "pecado mortal", el cual se llama así porque acarrea males innumerables, y el mayor es *dar muerte al alma*. Por eso, el que vive en pecado mortal, "*tiene el nombre de viviente, pero en realidad está muerto*" (Apoc. 3,1).

La gracia es un don sobrenatural que Dios nos concede por los méritos de Jesucristo para nuestra salvación. Y con esta gracia el alma queda embellecida, pues, como dice el Concilio de Trento, "es como una luz cuyo resplandor borra las manchas y comunica una radiante

belleza" Procuremos vivir en gracia y no perderla por el pecado mortal.

35

"La gracia... no consiste sólo en el perdón de los pecados, sino que es una divina cualidad infundida en el alma, y un como resplandor y luz que limpia todas las manchas de nuestras almas, y les hace hermosísimas y muy brillantes" (Cat.Rom.2,2,50). "Por medio de la gracia somos transformados en una imagen celestial y llegamos a tener en cierto sentido otra naturaleza, de modo que con justo título somos llamados no solamente hombres, sino también hijos de Dios y hombres celestiales, ya que hemos sido hechos participes de la divina naturaleza" (Cir.Alex.in Jn.ll,11)

36

El pecado es la raíz de todos los males, el que da muerte al alma, robándole su propia vida, o

sea, la gracia santificante, el más bello don sobrenatural. ¡Oh, cuanto pierde el cristiano al pecar! Con la gracia pierde su hermosura y esplendor, pues no hay cosa más hermosa, ni más resplandeciente ni de más precio que un alma en estado de gracia.

Sin la gracia santificante, aunque poseyéramos todas las riquezas de este mundo y todos los honores, seríamos un objeto de odio e hijos de maldición y de ira, quedando por el pecado desheredados del cielo.

¿Qué debe hacer el pecador ante gran pérdida de la gracia divina? Recurrir a Dios nuestro Señor, que es el que puede, en su infinita misericordia, purificar nuestras almas limpiándolas del pecado mediante el arrepentimiento y la confesión sincera, y también mediante la caridad perfecta: "*Han sido perdonador tus pecados, porque amaste mucho*" (Lc. 7,47).

ciado que no practicaba la religión, y nadie pensaba en darle a conocer su estado y hablarle de los sacramentos.

Una hija suya, que frecuentaba el catecismo, se acercó a él y le dijo: "Papá, estás muy malo y podrías morirte; he aprendido en el catecismo que es una gran desgracia, para quien ha pecado, morir sin confesarse, porque no va al cielo. Confiésate, pues, y Dios te ayudará".

Estas palabras conmovieron a aquel hombre, que al momento hizo llamar a un sacerdote y quiso recibir los sacramentos. Poco después murió, y sus últimas palabras fueron éstas: "Sin mi querida hija, ¿qué hubiera sido de mi eternidad?".

38

Un día de fiesta, un muchacho poco temeroso de Dios quiso ir a cazar con un amigo sin hacer caso de las protestas de su madre. Hallándose comiendo en casa de su colono cuando se oyó tocar a misa. Le dijeron que se preparase

para ir a oírla. El joven, encogiéndose de hombros, respondió: «Qué me importa a mí la misa? Más me tira la caza.

De allí a poco salió por el patio con la escopeta cargada. Pero el muchacho tropezó distraídamente y se descargó el arma, que dio contra él dejándole al instante cadáver.

«Será castigo de Dios? Sin meternos a indagar los juicios divinos, vemos que hechos parecidos han tenido también lugar en nuestros días. Hay jóvenes llenos de vida que encuentran la muerte o una grave desgracia en el hervor del deporte, de la caza, de un viaje en coche o de la carrera de "Bicis", precisamente en los días festivos, de los que ni siquiera querían enterarse que existen. "Estemos preparados...".

39

Todos ignoramos las circunstancias de la muerte, y por lo mismo debemos estar preparados para ella para no morir en pecado mortal.

A las diez menos veinte de la noche del 8 de

junio de 1956, en la calle de Bravo Murillo, número 353, de Madrid, se hundió el piso de una sala de fiestas donde se celebraba la boda de Angeles Ramos y Tomás Rodríguez. Las personas que allí había cayeron sobre la planta baja, donde celebraba la fiesta otro grupo de invitados. Todos quedaron horrorosamente mezclados.

Acudieron enseguida todas las autoridades, varios sacerdotes y más de veinte médicos. De las setenta personas asistentes, resultaron muertas dieciséis y heridas treinta y tres, entre ellas los contrayentes. Al extraer los cadáveres de los escombros aparecieron tres parejas enlazadas, a las que sorprendió la muerte danzando.

Es de advertir que toda la tarde habían estado de fiesta y que, a poco de dar las nueve de la noche, el padrino advirtió a los invitados que se aproximaba la hora de dar por terminada la fiesta; pero, ante los ruegos de unas chicas, los mismos contrayentes solicitaron del dueño del local la prorrogase durante unos minutos. Conseguido el permiso, a poco se produjo la

catástrofe, cuya causa se ignora. ¡Cuántos de los que entonces murieron estarían en gracia de Dios? La muerte no avisa, y Jesucristo nos avisa diciendo: "Estad preparados..."

40

San Francisco de Asís, al ir a morir, cantaba alegremente e invitaba a cantar a los demás. Fray Elías maravillado, le dijo:

- Pero, ¿cómo?.. Cuando se acerca la muerte hay que llorar, ¿y vos cantáis? - Yo, respondió el santo, no puedo menos de cantar, sabiendo que dentro de poco iré a gozar de Dios.

Así mueren los santos. Como la de ellos será vuestra muerte si vivís santamente y siempre dispuestos a morir. "*Bienaventurados los siervos que, al llegar el Señor, los encuentre vigilantes*" (Lc. 12,37).

41

San Luis Gonzaga, siendo aún novicio, juga-

ba un día al billar durante el recreo. Uno de sus compañeros le preguntó de improviso:

- ¿Qué harías si supieses con certeza que dentro de unos momentos ibas a morir? A lo que sonriente contestó el santo: Continuaría jugan-do. ¿Por qué esta respuesta? Porque el santo joven estaba siempre dispuesto para la muerte.

42

El famoso escritor y filósofo francés D'Alembert (m.1873) se burlaba de Dios y de la religión. Junto al lecho de Voltaire, estorbó que se acercase a él el sacerdote. Pero llegó su hora. A punto también él de morir y sintiendo terribles remordimientos, mandó llamar a toda prisa al párroco de Saint Germain, de París. "Voy al momento a llamarle", dijo un amigo suyo. Salió de la habitación y, en vez de ir en busca del párroco, fue a dar un paseo.

D'Alembert, al ver que no llegaba el sacerdote, escribió él mismo una tarjeta al párroco

suplicándole insistenteamente que viniera al momento. En cuanto el párroco recibió el aviso, corrió a donde estaba el moribundo sin perder un minuto, pero no había aún llegado a la casa de D'Alembert cuando el filósofo murió.

¡Oh, cuán cierto es que, aquel que se burla de Dios en vida, en el momento de la muerte se burlará Dios de él: "*Os llamé y no me obedecisteis... despreciasteis todos mis consejos... Yo también me reiré de vuestra perdición*" (Prov.1,24-26)

43

Francisco de Borja (m.1572) era duque de Gandía, y uno de los más grandes personajes de España. Cuando murió la emperatriz Isabel y fue llevado su cadáver a Granada, Francisco estuvo presente a la identificación de la muerta, y al descubrimiento de la caja que encerraba el cadáver. ¿Qué vio entonces? Un hedor pestilente que emanaba de su cuerpo. A tal podredumbre y a tal vista, quedaron asombrados todos los presentes y se fueron.

El duque se detuvo y dijo: "¿Dónde está aquella soberana ante la cual todos se inclinaban? ¿Dónde están su grandeza, su poder, su hermosura? ¿Dónde sus gentiles maneras, sus sonrisas, sus talentos? ¡He aquí a lo que nos reduce este ladrón que es la muerte! Tu solo, oh Señor, eres grande! Y allí mismo dio un adiós al mundo para consagrarse enteramente a Dios. Entró en la compañía de Jesús y llegó a ser un gran santo.

44

El miércoles de Ceniza del año 1950 una señorita permanecía en la fila, en espera de recibir la santa ceniza, cuando sufrió un ataque de corazón. El párroco hubo de interrumpir la ceremonia para darle la absolución y la santa Unción.

¡Qué rápidamente se cumplieron las palabras: *"Acuérdate, hombre, de que polvo eres y en polvo te has de convertir"*. ¿Moriremos este año? ¿Cuándo y en que lugar? lo ignoramos. Estemos preparados.

TERCERA PARTE: GRATITUD

¿Qué es la gratitud? Santo Tomás la explica en su Suma Teológica (2,2 q. 107 a. 2 corp.) y le señala estos tres elementos: "Reconocer el beneficio recibido, alabarla con acción de gracias y pagarla en lo posible".

San Pablo dice que "*demos gracias a Dios por todas las cosas*" (Ef. 5,20), y ¿qué podemos dar a Dios por tantos beneficios que hemos recibido de Él? A los beneficios que Dios nos hace, no podemos corresponder con otros, porque Él es tan poderoso y tan sin necesidad de cosa alguna, que no necesita nuestros dones. Dios se contenta con que le seamos gratos, alabándole y amándole de corazón y cumpliendo sus mandamientos.

Y esto es lo que nos pide y repite en muchos de los salmos, que le alabemos: "*Alabad al Señor todas las gentes, alabadlo todos los pueblos porque su misericordia es grande para con nosotros*". (Sal. 117).

Esto nos lo pide no por lo que a Él toca, sino para nuestro bien y provecho, porque siendo gratos, no cesa Él de enriquecernos más, hasta darse a sí mismo en pago de nuestro agradecimiento.

San Agustín se expresa así: "Te sugiero un medio para alabar si quieres todo el día a Dios. Haz bien cualquier cosa que hagas, y habrás alabado a Dios... La gloria de Dios, hermanos, es gloria nuestra... No crece Dios con nuestras alabanzas, sino que crecemos nosotros. No se hace mejor Dios si le alabas, ni peor si le vituperas; pero tu alabándole a Él que es bueno, te vuelves mejor; y vituperándole, te vuelves peor; Él seguirá siendo bueno como lo es ahora".

Así como el ingrato merece ser privado del beneficio recibido, así el agradecido recibe de Dios mayores mercedes...

Día de acción de gracias

El último día del año suele dedicarse a recordar los beneficios que Dios nos ha hecho, mas no sólo en ese día debemos dar gracias a Dios,

sino durante todos los días, porque todos están llenos de beneficios que Dios nos concede. Meditad un poco: el sol que nos alumbría y nos calienta, el aire que respiramos, el pan, que nos alimenta, el agua que sacia nuestra sed, la vida, la salud, las fuerzas... ¡qué cúmulo de beneficios divinos cada día!.

Entre todos los beneficios que el hombre ha recibido de Dios, el primero es el de la creación. "Bastaría sólo este beneficio, sin que media-ra otro más, para que el hombre estuviera siempre agradecido a Dios.

¿No es ley que el hombre sea deudor de todo lo que recibe? Pues Dios es el dador de todo lo que tenemos. El cuerpo con todos los sentidos y el alma con todas sus potencias, son de Dios.

Si ves, si oyes, si hablas, si puedes mover los pies y tus manos, y puedes trasladarte de casa, la iglesia y de la iglesia a casa, es porque Dios te sostiene y ayuda. Gozas de buena salud, y, porque nunca has estado enfermo, no sabes lo que es pasarse en cama semanas y semanas con agudos dolores, siendo la enfermedad un tormento

para ti y para los mismos que te rodean. Tu no lo sabes..., pero... ¡cuántos hay que han pesado por ello!. Y, porque tu no lo sabes, por eso no sabes tampoco apreciar o estimar en su valor el beneficio de la salud.

Pregúntale a un ciego o piensa tu con seriedad que mañana pudieras perder la vista... y entonces tal vez comprendas lo que ahora no comprendes....

Medita bien lo que tu debes a Dios... y si luego nos situamos en un plano sobrenatural, los sacramentos que recibimos, el pendón de los pecados, la gracia, el asiento que Dios nos reserva en el cielo, son beneficios todavía mayores. ¿Cómo no apreciar todo esto?

No seamos ingratos

La gratitud es una flor muy rara entre los hombres, aún respecto a los padres, a los superiores y a los directores. Una ofensa real o supuesta no se olvida nunca. Los beneficios recibidos, en cambio, se borran pronto de la memoria.

Si esto ocurre entre los hombres, acaece en mayor grado respecto a Dios, que es nuestro máximo bienhechor. Todos estamos bajo la lluvia incesante de sus beneficios; pero muy pocos reconocen y besan su mano bienhechora, si no llegan a insultarle.

El mostrarnos agradecidos es un deber, que además cede en interés nuestro. ¿No necesitamos que siempre que Dios nos asista y ayude? Pues el secreto de lograr esa ayuda está ahí: en manifestar el agradecimiento por beneficios recibidos.

Santa Teresa del Niño Jesús decía: "Lo que más atrae las gracias del buen Dios es la gratitud, porque ante el agradecimiento de un beneficio y se commueve y se apresura a concedernos otros".

¶ Nadie prodiga sus bienes al que se muestra insensible, menos aún a quien los desprecia o los emplea contra su bienhechor. ¿Por qué se muestra Dios tan generoso con los santos? Porque los santos reciben sus gracias con gran humildad, sintiéndose indignos de ellas y con

profunda gratitud, sirviéndose de las mismas para amarle más y servirle mejor.

Una confirmación de esto son las palabras que se leen en el santo Evangelio: "*A quien tiene se le dará y abundará; pero a quien no tiene, aun lo que tiene se le quitará*" (Mt.25,29).

Dios no es insensible a nuestra ingratitud. Lo prueba el pasaje evangélico de los diez leprosos.

"Y los otros nueve ¿dónde están?"

Jesús no solía quejarse de nada. Intentan las turbas apedrearle en el templo y les dice mansamente: "*Muchas cosas buenas he hecho entre vosotros. ¿Por cual de ellas me vais a apedrear?*" (Jn. 10,32).

Le da una bofetada uno de los guardias en casa de Anás, y se limita a decirle: "*Si he hablado mal demuestra en qué, y si bien ¿por qué me pegas?*" (Jn. 18,23).

Se mofan cruelmente de Él los escribas y fariseos, cuando es alzado indefenso en la cruz, y sus labios se abren para decir: "*Padre! perdó-*

nalos, que no saben lo que hacen" (Lc. 23,34).

Pero, ante la ingratitud de los leprosos curados, que se olvidan volver a dar las gracias, la sintió vivamente el Dios de bondad, y se quejó al decir: "*¿No eran diez los curados? Y los otros nueve, ¿dónde están? ¿No ha vuelto más que este extranjero para dar gloria a Dios?*" (Lc. 17,17. Todo ingrato es un malvado.

"La ingratitud, dice San Bernardo, es enemiga del alma, disipa los méritos, ahuyenta las virtudes, impide que nos aprovechemos de los beneficios recibidos y de que obtengamos otros nuevos".

"*El pueblo*, dice el salmista, *se olvidó de los beneficios de Dios y de sus maravillas*" (78,11); por este motivo el profeta Isaías les dice:

"*Yo he criado hijos y los he engrandecido, pero ellos se han rebelado contra Mi. Conoce el buey a su dueño, y el asno el pesebre de su amo; pero... mi pueblo no me conoce*" (Is. 1, 2-3).

¡No seamos ingratos a Dios! Tampoco abusemos de sus gracias para que no tenga que recordarnos la alegoría de la viña: "*Qué más*

podía haber hecho por ella que no lo hiciera?" (Is.5,2-7).

Demos gracias a Dios

Demos gracias por los beneficios recibidos ante todo en lo intimo de nuestro corazón y también con la palabra. Jesús es nuestro modelo también en este punto del agradecimiento.

Dios dio gracias antes de multiplicar los panes en el desierto (Jn.6,11); antes de resucitar a Lázaro, "*alzando los ojos al cielo, dijo: Padre, te doy gracias porque me has escuchado*" (Jn. 11,41); antes de instituir la Eucaristía, "*toman-do el pan, dio gracias*" (Lc. 22,19). El mismo nombre *Eucaristía* significa *acción de gracias*. (Advertiré que ya tengo un libro titulado "**ACCION DE GRACIAS**", después de la comunión).

La Virgen, colmada de beneficios divinos, entonó su cántico de gratitud: *el Magníficat*.

San Pablo empieza con una acción de gracias por lo menos en diez de sus epístolas. Y en más de una ocasión exhorta a los cristianos a la gra-

titud y a acompañar sus oraciones de actos de agradecimiento.

Decía San Francisco de Asís: "Por la mañana, cuando sale el sol, debieran todos los hombres alabar a Dios, que lo creó para nuestra utilidad... Y por la noche, al anochecer, todos debieran alabar también a Dios por la creación de nuestro hermano fuego, que ilumina nuestros ojos durante la oscuridad"

Los santos llegan a dar gracias a Dios hasta por las cruces que les manda. Santa Isabel de Hungría, al morir su marido, fue expulsada con sus cuatro hijos de su castillo. Y al oír, a media noche, la campana de los hermanos para el canto de los Maitines, fue al convento y mandó que se cantase un *Te Deum* en acción de gracias por cuanto le había acontecido.

A mayor gloria de Dios

Mas sobre todo hemos de mostrarnos agradecidos a Dios con nuestros actos, sirviéndonos de sus dones para manifestarle nuestro amor y nuestra fidelidad.

¡Cuántos, sin embargo, abusan de ellos, empleándolos para ofenderle! Tal vez nosotros hayamos hecho más de una vez otro tanto!

Eres pecador; confíásalo

Te has valido de tus sentidos para ofender a Dios e injuriarle. Dios te dio los ojos para ver las maravillas de la creación y, con ello alabar a Dios, y tu te has servido de los ojos para mirar cosas impuras. El don de la palabra que tienes, se te dio para alabar a Dios, y tu te has servido de ese don para injuriarle con blasfemias, con palabras deshonestas, con murmuraciones y calumnias. Eres un ingrato.

Eres un ingrato que has pagado a Dios con desdén y con injurias los beneficios que recibiste de su generosa mano.

¿Qué dirías de un pobre que, con la limosna que tu le has dado, comprara una espada para matarte? Pues eso, y mucho más que eso, has hecho tu con Dios cuando has cometido un pecado.

Bien puede quejarse un profeta de la conducta de los pecadores, llamándoles *generación*

y mala adultera... Loco y necio, ¿es esta la paga de tantos beneficios como debes al Señor? ¿Por ventura no es Él tu Padre que te hizo y te creó? (Dt. 32,5-6).

¡Ah! si todo esto lo considerásemos con más atención... no creo que fuera el hombre capaz de cometer un solo pecado, pagándole a Dios tantos beneficios con tantas ingratitudes.

Estamos en las manos de Dios y, como colgados de un hilo, a merced de su voluntad. Si en un momento soltara el hilo. ¿a dónde iríamos? Pensándolo bien. ¿Qué hemos de hacer? Reconocer que somos pecadores y decir: Perdón, Señor! De hoy en adelante cambiaremos de vida. Don tuyo es la vida, y queremos emplearla en tu servicio. Don tuyo es la salud, y queremos gastarla en tu amor. Don tuyo es el tiempo, y queremos consagrarlo enteramente a ti. Don tuyo son nuestros sentidos, y queremos usarlos para el bien, no para el mal. Don tuyo es el alimento que cada día nos preparas y queremos tomarlo con sentimiento de gratitud. Por todos tus beneficios y por todos tus dones,

íte damos gracias, Señor! "Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo!.

Acatemos la voluntad de Dios

La voluntad de Dios la debemos aceptar siempre, tanto en las cosas adversas como en los beneficios recibidos, y darle siempre las debidas gracias.

En el capítulo III del primer libro de Samuel, se consigna modo conmovedor un diálogo habido entre Heli, el anciano pontífice de los judíos, y Samuel, destinado al servicio del templo.

Los hijos del sumo sacerdote fueron irreverentes con las cosas de Dios, y puesto que su padre no usó con ellos de la debida severidad, el Señor hirió con grave castigo a toda la casa de Heli. El Señor comunica su designio a Samuel en una visión nocturna, anunciándole la desgracia que va a caer sobre Heli y su familia.

Tan pronto se hace de día, Heli interroga a Samuel para saber lo que le dijo el Señor. Naturalmente, Samuel hubiera preferido evadir

la respuesta. Pero accedió a las instancias del sumo Sacerdote y le reveló todo.

El anciano, al oír las grandes humillaciones y desgracias, que habría de sufrir, no dijo más que estas palabras, con el corazón contrito: "*El es el Señor; haga lo que sea agradable a su ojos*" (1 Sam.3,18).

A algunos he oído decir cuando le azota la desgracia: ¿por qué precisamente a mi? ¡Yo no he cometido ningún pecado!

Es posible que ahora precisamente no lo hayas cometido; es posible que ya no lleves reato de culpa en tu alma. Ojalá sea así. Pero ¿nunca has cometido pecado? ¿Nunca has ofendido a nadie? ¿Ni siquiera a Dios? ¿Nunca has sido injusto? ¿Ni con Dios? ¿Nadie ha tenido que llorar por causa tuya? ¿No has dañado a nadie en sus haberres, en su alma, en su moral? ¿No has oscurecido la imagen de Dios en tu alma con el pensamiento, de palabra o por obra?

¿Te atreves a afirmarlo? - No me atrevo.

Pues si no te atreves, se te ofrece ahora una

favorable coyuntura para expiar, para reparar, para enjugar la deuda. Di sencillamente: Señor mío, acepto el sufrimiento, la humillación, la estrechez; hágase tu voluntad, por lo menos ahora, ya que hubo un tiempo en que tan lejos andaba yo de cumplirla. Si pensáramos que la causa de muchas desgracias, miserias y enfermedades no es Dios, sino nosotros, aceptaría- mos con gran resignación los contratiempos de la vida, y aceptaríamos los sufrimientos bendiciendo a Dios en todo momento.

No hay duda que es fácil rezar un día y otro: "*Hágase tu voluntad*", pero no hay duda que lo difícil es aceptar esta voluntad cuando se nos manifiesta en forma de cruz, y lo que debemos hacer entonces es mirar a Cristo crucificado y que nos invita a seguirle a Él por el camino de la santidad, que no es otro que el de los padecimientos resignadamente llevados, y Él es que nos dice: "*Si alguno quiere venir en pos de Mi, niéguese a sí mismo, cargue con su cruz y me siga*" (Mt. 16,24).

**El impío no agradece.
El justo es agradecido.**

Estas palabras las dijo San Agustín en una exhortación a la acción de gracias.

1) *El impío no agradece.* El salmista dice: "*Pide prestado el impío y no puede pagar*" (37,21). Recibe y no devuelve. ¿Qué es lo que no devuelve? La acción de gracias. ¿Qué es lo que Dios pide de ti, qué es lo que te exige, si no lo que a ti mismo aprovecha? ¿y cuántas cosas ha recibido el pecador por las que no paga nada? Recibió el ser hombre, puesto que es grande la distancia que hay entre los animales y Él; recibió la forma de su cuerpo; recibió en él los distintos sentidos; el ojo para ver, el oído..; la salud del mismo cuerpo. Pero, como todo esto le era común con los animales, recibió mucho más todavía, esto es, un entendimiento para entender, para abrazarse con la verdad, para poder distinguir lo justo de lo injusto, para poder indagar, desear al Creador, alabarle y unirse a El.

Todo esto lo recibió el pecador, pero no vive bien y no devuelve lo que debe. Por eso pide prestado el impío, y no pagará, no devolverá nada a aquel de quien lo recibió, no dará gracias. Es más: por los bienes devolverá males, blasfemias, murmuraciones contra Dios e indignación. Por lo tanto, pide prestado y no puede devolver.

2) *El justo es agradecido. "El justo, en cambio, se compadece y da"* (Sal. 37,21).

Aquel no tiene nada, éste tiene; comprueba, pues, lo que es pobreza y lo que es riqueza. El uno recibe y no devuelve; el otro se compadece y presta. Este abunda ¿y si fuera pobre? Pues aun en este caso es rico. No dirijas tus ojos pia-
dosos sólo a sus riquezas. Ves un arca vacía, pero no miras la conciencia llena de Dios. No tiene bienes por fuera; pero dentro tiene cari-
dad. ¡Cuanto sabe sacar de ella sin que se acabe nunca! Si tiene riquezas exteriores, la caridad da lo que tiene; si no las tiene, da su benevolencia, presta su consejo, si puede darlo; su ayuda, si es capaz de ello, y, en último caso, si no puede

dar ni consejo ni ayuda, auxilia con sus deseos, con su oración por los atribulados, y quizá consiga más que el que alarga el pan. Siempre tiene de donde dar aquel cuyo pecho está lleno de caridad (Enarratio in Ps. 37).

El pecado de ingratitud

De San Bernardo es el siguiente comentario: *¡Ay! ¡Ay! No se encuentra quien vuelva para dar gracias a Dios si no es este extranjero. ¿No fueron acaso diez los limpiados? Los otros nueve ¿dónde están?* Creo os accordaréis que estas fueron las palabras del Salvador con las que reprendió la ingratitud de aquellos nueve. Se lee que oraron, suplicaron y pidieron bien los que levantaron las manos diciendo: *Jesús, hijo de David, compadécete de nosotros* (Lc.17,13 ss), mas le faltó una cuarta cosa, que añade el apóstol: La acción de gracias (1 Tim. 11,1), pues no volvieron ni dieron gracias a Dios".

Hasta ahora hemos visto a muchos pedir demasiado importunamente lo que entendían que les faltaba, pero a muy pocos hemos cono-

cido que hayan dado gracias por los beneficios recibidos. No es irrepreensible que pidamos con insistencia, pero quita su efecto a la petición el ser ingratos.

Feliz, pues, aquel samaritano que conoció que nada tenía que no hubiese recibido; por lo mismo, guardó el depósito y volvió con acción de gracias al Señor. Feliz el que por cada uno de los bienes de la gracia vuelve a Aquel en quien está toda la plenitud de las gracias; y al mostrarnos agradecidos por las gracias recibidas, hacemos lugar en nosotros a la gracia para recibir aún gracias mayores... Sola nuestra ingratitud nos impide en absoluto progresar en la perfección...

San "Bernardo, termina diciendo: Por tanto, os ruego, hermanos míos, que nos humillemos más y más bajo la poderosa mano de Dios y que procuremos estar lejos de este vicio grande y pésimo de la ingratitud, para que, ocupándonos con toda devoción en la acción de gracias, nos atraigamos las gracias de nuestro Dios, la sola que puede salvar nuestras almas y no sólo

nos mostremos agradecidos con lengua y palabra, sino con obras y verdad, porque no es tanto la verbosidad como la acción de gracias lo que exige de nosotros el dador de todas las gracias, nuestro Señor, que es bendito por los siglos. Amén (Sermones varios, 27; BAC, Obras completas, t.I).

¿Hasta dónde llega el amor de Dios?

El amor de Dios es incomprensible, porque es infinito. Es un gran misterio que Dios haya amado tanto al hombre pecador.

Lo primero que Dios hizo, movido solamente por su amor -porque Él no necesitaba de nada por ser eternamente feliz- creó la tierra para morada del hombre, y una vez adornada y embellecida con su atmósfera, con sus planetas, ríos, flores y frutos y con variedad de plantas y animales, estableció en ella al hombre, ser inteligente y único capaz de conocerle y darle culto.

Todo esto es grande, pero lo verdaderamente grandioso es que este Dios Creador del mundo y del hombre, una vez que este pecó y

le ofendió, se compadeciese de él y se hiciese criatura, se hiciera hombre para redimir al hombre, naciendo de una mujer... la más bendita y alabada entre todas las mujeres, por haberle cabido la dicha de ser Madre del Altísimo, Madre de Dios, o sea, de Jesucristo nuestro Redentor.

Y si Jesucristo vino a salvarnos, si "*no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva*" (Ez. 18,32), ¿podrá éste dudar de su salvación? Si se condena es porque él quiere.

Y ahora admiraremos algo más grandioso de todo lo dicho, que es que Dios humanado se haya hecho PAN para que lo coma el hombre y viva una vida sobrenatural, la vida de la gracia. Él es el que lo ha dicho. "*Yo soy el pan vivo bajado del cielo... El que come de este pan vivirá eternamente y yo le resucitaré en el último día*" (Jn. 6.) Este es el pan..., misterio de fe. Él es el Emmanuel, Dios con nosotros, el Dios *escondido* bajo los accidentes de pan, que se halla en todos los sagrarios de la tierra.

¡Qué he de dar yo al Señor por tantos bene-

ficios como he recibido de El? (Sal.116,12) ¿Qué más podía haber hecho Dios por nosotros? ¿No está lejos nuestro corazón de Él? Que no se tenga que decir lo que un día dijo Jesucristo del pueblo judío: "*Este pueblo me honra con los labios pero su corazón está lejos de Mi*" (Mt.15,16; Is.29,13).

No tengamos miedo en darnos a Dios. Tagore, escritor indio, dice una especie de parábola: "Era un rey (Dios) que se encontró con un mendigo. El mendigo esperaba algo del rey, pero éste se adelantó y le dice: ¿No me das algo? El mendigo preocupado buscó en su saco, y de entre las cosas recogidas sacó un granito de trigo para dárselo..., y en la noche al vaciar saco halló "un granito de oro", Y se dijo: ¿Por qué no le hubiera dado todo y así el saco se hubiera convertido en oro?".

Eleva tu mente a Dios y dale gracias constantemente "siempre y en todo lugar" conformándote con lo que dispone, sean bendiciones o contrariedades y dije: "*Señor, hágase tu voluntad*".

Amemos a Dios, porque Él nos amó primero, y correspondámosle con continua acción de gracias.

No seamos ingratos ante los beneficios de la Redención

Todos tenemos obligación de servir a Dios porque somos hechura suya, pero por haber sido redimidos por Él tenemos una obligación mayor. ¿Cuanto le costó a Jesucristo la Redención? Le costó agonías de muerte, sudores de sangre, prendimiento, presentación en los tribunales, bofetadas, azotes, salivajos, desprecios y escarnios, coronación de espinas, cruz, clavos... y muerte.

En la Antigua Ley mandaba Dios que, cuando en medio del campo se hallara un cadáver, víctima de un asesino, y no se hallara al asesino, se reunieran todos los ancianos de la comarca, y que uno tras otro fueran jurando si eran inocentes de aquel crimen.

El P. Sarabia refiriéndose a este hecho dice:

Cristiano, en nuestras iglesias y en todas nuestras casas se halla un cadáver. Es el cadáver del Hijo de Dios villanamente crucificado. Míralo. Pendiente de tres clavos y coronado de espinas aún está en su patíbulo.

Si a nosotros, como a los ancianos de la Antigua Ley, nos hicieran des-filar delante del cadáver de Cristo, jurando inocencia... ¿quién podría decir con verdad: "Yo soy inocente: yo no he tomado parte en la muerte de Cristo?" ¿Quién podría decirlo? Sin duda el recuerdo de mis muchos pecados e ingratitudes me obligaría a confesar que he puesto en Él mis manos pecadoras y que no soy inocente. La conciencia nos acusa...

Todos los cristianos, que hemos pecado, somos asesinos de Cristo, pues, como dice San Pablo Los pecadores crucifican al Hijo de Dios en si mismos y le exponen al escarnio.... Las palabras que dijo Moisés a su pueblo: "*pueblo necio e ingrato, ¿este pago das a Dios*", nos alcanzan hoy a nosotros.

Dice el libro del Génesis, hablando de la cas-

tidad de José, que, cuando la mujer de Putifar le solicitó a cometer con ella un pecado, José no queriendo en manera alguna pecar con ella, se defendió diciéndola: "No, no. Tu ves que mi señor ha puesto en mis manos todas las cosas, exceptuando te a ti, que eres su mujer. ¿Cómo podré yo, por tanto, cometer contra él esa maldad y pecar contra mi Dios?". No, no. No puedo pecar.

Es verdad. Si era tan bueno el amo que le había puesto a José al frente de todo y le había confiado todos los bienes y gobernaba él la casa de suerte que el amo no tenía otro cuidado que el de ponerse a la mesa para comer... ¿podía José faltarle pecando con su mujer, aunque ella le solicitara con insistencia a pecar?

"No, no puedo. No puedo cometer esa maldad contra él y pecar contra mi Dios". Esto dijo José. Y es de advertir, como dice el P. Granada, que José no se contentó con decir: "Yo no debo cometer esta falta, o no es razón que yo ofenda a mi señor". No; la frase que usó José fue ésta: ¿Cómo podré yo ofenderle?... Que era tanto

como decir: la grandeza de todos los beneficios que mi señor me ha hecho y la confianza que en mi tiene depositada... hacen imposible el que yo ofenda a mi bienhechor.

¿Respondes tu así, cristiano, cuando te tenta el demonio? ¿No? Pues mucho mayor agradecimiento que el que aquí muestra. José con su amo, has de tener tu para con Dios, porque los beneficios que José recibió de su señor son pequeños, sumamente pequeños, si se los compara con los beneficios que tu has recibido de Dios.

Sepamos orar

Orar no es sólo pedir beneficios a Dios, sino alabarle y darle gracias.

El salmista, los apóstoles con frecuencia nos exhortan a alabar y a dar gracias al Señor. Veamos algunos textos:

- *Alabad al Señor todas las naciones alabadle todos los pueblo* (Sal.117)
- *Alabad al Señor, porque es bueno, porque es eterna su misericordia.* (136, 1).

- *Alabadle por sus obras magníficas, alabadle por su inmensa grandeza. (Sal. 150,3).*
- *Dad gracias al Señor, porque es bueno y es eterna su misericordia (S. 117).*
- *Te doy gracias, Señor, de todo corazón, proclamando todas tus maravillas (Sal. 9,1).*
- *Oh Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben (66,4).*
- *Damos gracias a Dios Padre que nos ha hecho capaces de compartir la herencia del pueblo santo en la luz (Col. 1,12).*
- *Te doy gracias, Señor de todo corazón... (Sál. 137,1). Que te den gracias, Señor, todos los reyes de la tierra... (Sal. 137).*

Mucho estamos debiendo a Jesucristo, nuestro Señor, porque Él nos dio la vida mediante la muerte en la cruz. Que nuestra gratitud sea de obra. Que nuestra, acción de gracias es decirle con nuestra vida que, no dio en vano su vida por nosotros. Y lo más hermoso seria que toda nuestra vida fuese un monumento de gratitud erigido en honor de nuestro Salvador.

EJEMPLOS DE GRATITUD

1

Una vez, hace ya bastantes años, un muchacho escocés salvó la vida de un chico de la ciudad que se estaba bañando en un lago solitario. El pequeño escocés recibió una suma considerable del agradecido muchacho de la ciudad, y gracias a este dinero pudo estudiar y llegar a ser médico. Se llamaba Alejandro Fleming. Que su educación médica no ha sido dinero tirado lo demuestra mejor que nada el que más tarde fuera el descubridor de la penicilina.

En 1943, Fleming pudo pagar su deuda de estudios a aquel chico de la ciudad, Winston Churchill, gravemente enfermo de pulmonía, enviándole la penicilina por avión cuando estaba a punto de morirse. ¡Cuánto vale la gratitud!

2

Un caballero invitó a comer a unos amigos suyos. Al final de la comida y antes de trasla-

darse a la terraza para tomar café, el anfitrión deseoso de saber si a todos les parecía bien, dijo:

- Si alguno de ustedes tiene algo que observar, puede hacerlo con toda libertad. Entonces, uno de ellos, hombre de arraigadas convicciones cristianas, contestó:

- Tengo una cosa que decir y es ésta: "En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, os doy gracias, Señor, por todos vuestros beneficios, y en especial por el alimento que acabáis de darnos".

3

Fue durante la guerra civil del pasado siglo en Estados Unidos.

Un padre de familia soldado fue reemplazado por un amigo suyo. Aquel amigo generoso cayó en la contienda. Entonces el padre de familia, agradecido, se llegó hasta su tumba, levantó sobre ella una cruz y en letras de oro puso: "Murió por mi". Era un recuerdo de amor y una llamada de agradecimiento.

Al mirar la cruz que corona al Corazón de Jesús, digamos : "Murió por mi". Esta era la formula que incendiaba el corazón de San Pablo en su afán de trabajar por Cristo: "*Me amó y se entregó por mi*" (Gál. 2,20)

4

Esto, que nos cuenta Lamartine, el poeta y político francés, le sucedió a Él mismo. Iba paseando el poeta cuándo oyó a un picapedrero exclamar a cada golpe de martillo: "¡Gracias!"

Buen hombre, ¿a quién das gracias? - A Dios, respondió el otro.

- Si hubieras sido rico, me parecía natural que dieras gracias a Dios, pero sabe que Dios pensó en ti una sola vez al tiempo de criarte; luego te dio un martillo y no ha vuelto a pensar en ti.

- ¿Así dice usted que Dios pensó en mi por lo menos una vez?

- ¡Hombre! Eso está claro, respondió el

poeta. Y el picapedrero, que si no era más poeta era más cristiano que Lamartine, dijo así, llorando:

- ¿Y le parece a usted poco? Todo un dios pensar en un picapedrero. Gracias, Dios mío, gracias!, y siguió picando piedras.

5

Hace años naufragó un barco junto a las costas de Maine. El guardacostas, a causa de la marejada, se veía incapaz de llegar a los náufragos. Uno de estos se acercó nadando a la playa. Entonces un grupo de hombres, cogiéndose de la mano, formaron un cordón hasta llegar al náufrago. Por fin el último lo asió de la mano, salvándolo. Pero he aquí que poco después aquél se soltaba del compañero inmediato y desaparecía entre las olas. El náufrago rescatado quedó tan agradecido a su desaparecido bienhechor, que en adelante, en todas sus conversaciones, sacaba a colación este suceso, exclamando: "Un hombre murió por mi! ¡Un hombre murió por mi!".

Pluguiera a Dios que todos fuésemos tan agradecidos a Jesucristo, que murió por salvarnos, como lo fue este naufrago con su bienhechor.

6

Napoleón, siendo alumno de la escuela militar de Brienne, solía comprar fruta a una vendedora bonachona. Esta a veces basta le prestaba dinero, sabiendo que aquel joven era puntual pagador. Sin embargo, al irse de aquella ciudad, se descuidó Napoleón de pagar su última deuda.

Siendo ya emperador, pasó por Brienne y se acordó de la antigua deuda. Fue a ver a la vieja vendedora de frutas, le devolvió con creces la deuda y, además, le hizo construir una hermosa casa, donde pudo pasar la buena acreedora los restantes días de su vida.

7

Un día llegó San Francisco de Asís con Fray Maeso a un pueblo y tenía mucha hambre. Para

poder saciarla, mendigaron por el camino un poco de pan, se reunieron junto a una fuente a las afueras del pueblo y pusieron todo lo que habían recogido sobre una ancha piedra. San Francisco exclamó de repente:

-¡Oh, fray Maeso no somos dignos de tan gran tesoro! y así repetía una y otra vez, Fray Maeso movió extrañado la cabeza en señal de disconformidad, y dijo: - Padre, ¿cómo puedes hablar de un tesoro si nos faltan las cosas necesarias? No tenemos mantel ni cuchillo, ni tajo ni platos.

Entonces dijo, lleno de júbilo el santo: Lo que yo estimo un tesoro es que no tenemos aquí cosas hechas por mano de hombres, sino lo que nos ha preparado la divina Providencia. Desde toda la eternidad sabia Dios que íbamos a llegar aquí cansados y hambrientos, y por eso hizo crecer este árbol para que nos refrescara con su sombra, y Él mismo nos preparó la como mesa esta hermosa piedra ancha, y para que pudiéramos apagar nuestra sed hizo brotar este manantial, ¡Oh, fray Maeso, que bueno es

nuestro Dios! ¡Démosle gracias! Y lágrimas de emoción brotaban de sus ojos, los cuales iban a empapar el duro pan, que saboreaba agradecido.

8

Un niño fue obligado a terminar su plato de arroz. - Y ahora da gracias. - ¡Cómo! ¿Por esa horrible pasta de arroz?

- Tienes que dar gracias a Dios y no irás a jugar hasta que no lo hayas hecho. Un momento de silencio, y luego dice:

- Muy bien: doy gracias a Dios por no haberme puesto enfermo después de haber tomado esa porquería.

Toda nube tiene algún perfil de plata si lo buscamos.

9

Felix de Cantalicio, el santo Capuchino no tenía otro nombre que éste: "el Hermano Deo

gratias". Y era que todo lo agradecía con un sincero "Deo gratias".

10

Año 1866. La guerra prusiano-austriaca ensangrienta aquellos campos, testigos de tantas batallas. En una de ellas ha quedado herido el príncipe Antal, y su ejército ha huido vergonzosamente. Hora tras hora llama a la muerte para que le libre de aquel dolor y aquél abandono. De noche, lo encuentra así un soldado prusiano.

- Mátame, le dice el príncipe; un tiro acabará con estos tormentos.

- El soldado, que es católico, coge al príncipe con todo cuidado y lo lleva a un hospital de campaña. El príncipe sana y, lleno de gratitud, regala al soldado un magnífico reloj de oro.

Hace mucho tiempo que ha acabado la guerra. El príncipe Antal vive fastuosamente en su castillo, gozando de las delicias de la victoria

Y de la paz. Un día se presenta en el castillo

un hombre hambriento pidiendo trabajo. Ha recorrido media Prusia mendigando favor, mas no lo halla en ninguna parte. El príncipe le encuentra en el bosque Y habla con él largamente. En la conversación, el hombre saca para ver la hora un magnífico reloj de oro.

- Ese reloj fue mío, dice el príncipe: ¿cómo ha llegado a tu poder?

El hombre le cuenta la historia. Siendo soldado, salvó la vida al príncipe Antal, que se lo dio como recuerdo. No ha querido desprenderse de él a pesar de las vicisitudes de su miseria. El príncipe reconoce el soldado, le abraza y le dice: yo soy el príncipe Antal: quédate conmigo y serás el mayordomo de mi castillo.

El soldado da gracias a Dios, que nunca deja la caridad sin premio. La caridad es la mejor acción de gracias.

11

Cuenta el *P. Heredia* que en 1884 cuando el gobierno francés decretó que las imágenes de

Cristo y de los santos fuesen quitadas de las escuelas, un joven fanático se puso a demoler a palos un Crucifijo. Este caía a pedazos al suelo. Súbitamente el iconoclasta cayó privado de sentidos.

Tuvieron que llevarle a su casa. Próximo ya a la muerte, dijo a su madre: "muchas gracias a Dios por su infinita misericordia para conmigo... Cuando empecé a herir despiadadamente el crucifijo, lleno de un odio infernal... me pareció que el rostro del Señor se animaba... Esto me dio más rabia, y seguí destrozándolo. De pronto sus ojos se fijaron en mi con tal expresión de ternura, de cariño, que me quedé aturdido, con el palo levantado... Sentí entonces un dolor tan grande, una pena tan atroz al considerar mi ingratitud, sentí tal arrepentimiento por lo que hacía, que cayó de mis manos el palo. Luego di un grito, pidiendo a Cristo perdón y... ya no supe nada de mi... Madre, cuéntese a todos, para que entiendan lo que es la misericordia infinita de Dios".

San Juan Crisóstomo fue conducido del lugar de su destierro a un paraje todavía inhospitable. Expiró con estas palabras: "Gracias sean dadas a Dios por todo".

EJEMPLOS DE INGRATITUD

1

Mediado el siglo pasado ocurrió el siguiente episodio en Francia: Un individuo se encontró cierto día sin trabajo. No sabía qué hacer. Decidió por fin acudir al obispo de su ciudad. Pidió audiencia, se la concedió y fue a verle. Le expuso su situación, le pidió trabajo, etc. El obispo le prometió colocarle, y al despedirse le entregó 500 francos. Aquel hombre se deshacía en alabanzas y manifestaciones de agradecimiento. Y, rebosando contento, abandonó el recinto episcopal.

Al cabo de cuatro días de esta entrevista, se celebró un gran pontifical en la catedral de París

en el que ofició el obispo de que habla-mos. Este, terminado el pontifical, se retiraba caminando ante la multitud al mismo tiempo que bendecía al pueblo, cuando, acercándosele un desconocido le clavó un puñal en la garganta. Los fieles pudieron atrapar al asesino y le presentaron ante el obispo que todavía conservaba el conocimiento. Este le miró y, reconociéndole como aquel al que cuatro días antes había favorecido, lleno de asombro y paternal amor, le dijo: "Pero, tu,... hijo mío...? ¿Tu has sido?".

Todavía el criminal tuvo el cinismo de declarar que el puñal lo había comprado con parte del dinero que el obispo le donara.

¡Eso es lo que hace el pecador con Cristo cuando comete un pecado mortal... clavar un puñal a Cristo, pero no en el cuello, sino en su corazón santísimo!.

2

Un hombre que vivía con cierta comodidad y no tenía más que un hijo tuvo la crueldad de

enviar a su anciano padre al hospital. Pocos días después, sabiendo que el anciano padecía mucho frío, le envió, por un resto

de compasión y piedad dos mantas muy viejas y rotas, encargando la comisión a su hijo. Este no llevó más que una y guardó la otra. Habiendo observado el padre, le preguntó por qué no había remitido las dos mantas. "Padre, le contestó el hijo, he reservado una para cuando vaya usted al hospital".

3

Un mendigo, al atravesar un monte, se tropezó con un caballero y le pidió una limosna. El caballero echó mano a la cartera y, viendo que llevaba en ella siete monedas de oro, dio seis al pordiosero le dijo que se daba con la otra por lo que le pudiera pasar.

Al poco rato de haberse separado de su bienhechor, aquel hombre, que era doblemente miserable, material y moralmente, se dio cuenta de que el caballero había dicho que se reser-

vaba una moneda; azuzado por la codicia, volvió a buscarlo y, echando mano a un revólver, le gritó: "¡Caballero! ¡La bolsa o la vida! Me da la moneda que le quedó o lo mato".

4

Julio Cesar, por compasión, adoptó por hijo a un joven llamado Bruto. Pero sus enemigos se juramentaron contra su vida. Le atacaron los ase-sinos y Cesar se defendía de los puñales, pero vio entre los criminales a aquel joven, a su hijo y, lleno de dolor, exclamó: "¡Tu también, hijo mío!". Y, cubriéndose el rostro con su manto, se entregó a los puñales de sus enemigos. La ingratitud de su hijo destrozó el corazón del padre.

5

Un labrador dedicaba un rato cada noche a la construcción de un utensilio de madera. ¡Qué hace Vd., padre?, le preguntó el mayor de

sus hijos? - Hago una escudilla para el abuelo. Como es tan torpe que rompe todas las escudillas de loza, le construyo una que no puede hacerse añicos. - Pues hágala muy recia, contestó el joven, para que a su tiempo pueda servir para usted.

6

Un muchacho estaba cogiendo cangrejos desde una rampa junto al puerto de San Sebastián. Se cayó al agua. Con grave riesgo, lo salvó un marinero valiente y generoso. El muchacho sin cuidarse de dar gracias a su salvador, se lamentaba de que se le habían escapado los cangrejos.

Como chicuelo inconsciente se comporta el hombre que se preocupe tan solo de las cosas de la tierra y no es agradecido para con el divino Redentor.

7

El rey Alfonso de Aragón, viendo que sus cortesanos no rezaban ni antes ni después de

comer, invitó a unos mendigos a una comida instruyéndolos sobre lo que debían hacer. Entraron ellos, y también salieron sin saludar.

El rey no se enfadó por ello, más los cortesanos los reprendieron porque ni siquiera daban las gracias ni saludaban.

¡Ah!, dijo entonces el rey a su corte. Peor es lo que vosotros hacéis todos los días con Dios, que diariamente os da de comer y vosotros ni le dais las gracias.

8

Era un hombre frívolo e indolente que no amaba a Dios; y Francisco de Asís había venido a la tierra para encender el corazón de los hombres en ese amor.

Un día le cogió y no le dijo más que esta palabra: "¡Ven!". Le llevó por un sendero muy largo y estrecho sin decir palabra. El hombre le seguía admirado. Al fin, en una encrucijada, encontraron un hombre echado en el suelo, ciego y paralítico..

El santo se puso delante de él. Dime hombre, le preguntó: Si yo te devolviera de pronto los ojos y el uso de tus miembros, ¿me amarías? -¡Oh, contestó el mendigo, no sólo te amaría, sino que sería esclavo tuyo toda la vida!.

Francisco se volvió al hombre indolente y frívolo, y le dijo:

¿Ves? Este me amaría a mí si le devolviera el uso de sus sentidos, ¿pues por qué no amas tú a Dios, que te los ha dado perfectos?.

Conclusión

Los beneficios que Dios nos hace diariamente, aparte de la creación, conservación y redención, son muchísimos, y ¿qué podemos darle a cambio de tantos dones recibidos de Él? Lo menos que puede exigirnos es que le alabemos y demos gracias.

Los santos en el cielo no hacen otra cosas que dar gracias a Dios constantemente entonando cantos de alabanza: "*La alabanza y la gloria, la sabiduría y la acción de gracias, el honor el*

poder la fortaleza a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén" (Apoc.7,12). Y como nosotros somos ciudadanos del cielo, pues en él, como dice San Pablo, "*está nuestra ciudadanía*", justo es que la alabanza y la acción de gracias no se aparte de nosotros.

San Juan Crisóstomo dice: "Dios exige de nosotros manifestaciones de gratitud, no porque Él las necesite, sino a fin de que obtengamos todo el mérito que ellas encierran y nos hagamos dignos de mayores auxilios".

"Digno eres Señor Dios nuestro, de recibir la gloria honor el poder porque tu has creado todas las cosas y por tu voluntad existen y fueron creadas"(Apoc.4,11).

Laudetur Iesuschristus=Alabado sea Jesucristo

INDICE

PRESENTACION	3
PRIMERA PARTE	7
NO TE ALEJES DE DIOS	7
¿Quiénes son los alejados de Dios?	7
Otros muchos alejados de Dios	9
Lo que nos aparta de Dios es el pecado ..	11
Los pecadores viven alejados de Dios	13
No te rebèles contra Dios	15
Vivamos como verdaderos cristianos	19
¿Por qué algunos abandonaron la Iglesia? ..	19
Dios nos soporta y espera	21
Detengámonos un momento a considerar ..	23
El alejamiento (Dios busca al pecador) ..	24
La vuelta (Dios acoge el pecador)	27
Ejemplos de la misericordia de Dios	30

Otros ejemplos: Alejados de Dios, se vuelven a Él	33
SEGUNDA PARTE	
A BASE DE EJEMPLOS	39
Sobre la ocasión del pecado	39
Malicia del pecado mortal	45
Evitemos el pecado mortal	54
No vivamos en pecado mortal	59
¿Cómo salir del pecado?	64
Evitemos todo pecado venial deliberado ..	66
Valor de la gracia santificante. Para obtener una muerte dichosa.	70
TERCERA PARTE	
GRATITUD	80
Día de acción de gracias	81
No seamos ingratos	83
¿Y los otros nueve dónde están?	85
Demos gracias a Dios	87
A mayor gloria de Dios	88

Acatemos la voluntad de Dios	91
El impío no agradece, el justo es agradecido	94
El pecado de ingratitud	96
¿Hasta donde llega el amor	98
No seamos ingratos ante los beneficios de la Redención	101
Sepamos orar	104
Ejemplos de gratitud	106
Ejemplos de ingratitud	116
Conclusión	122